

AMISTADES MEXICANAS

Mi amistad con Alfonso Reyes comienza el año de la primera Gran Guerra Mundial. Hace treinta años. Media vida.

Llegó a Madrid a fines del año 1914. Venía de París y de San Sebastián. Venía sin recursos económicos; pero traía los que nunca fluctúan con los cambios monetarios ni las mudanzas políticas: los valores del espíritu. Con ellos quería abrirse paso en la vida literaria de Madrid, "castillo famoso" realmente por aquellos días. Pronto lo vi en las tres atalayas más dominantes: la Revista *España*, fundada por Ortega y Gasset; *El Sol*, fundado por Urgoiti, con el contrafuerte espiritual del mismo Ortega; y el Centro de Estudios Históricos, donde Menéndez Pidal, Gómez-Moreno, Tormo, Hinojosa, Asín y Palacios, Rey-Pastor presidían las secciones de Filología, Arqueología, Bellas Artes, Derecho, Árabe, y Matemáticas.

Entrar en cualquiera de estos tres reductos daba prestigio y sello. Reyes traía ya los suyos, pero tenía que "tomar la alternativa" en aquellas plazas madrileñas, que eran muy especiales y muy exclusivas. Sin temor a ambigüedades puede decirse que muy aristocráticas, porque aspiraban a trabajar con más seriedad, severidad, pulcritud, sentido crítico que los centros universitarios momificados y las publicaciones rutinarias.

Cuesta un poco darse cuenta del fenómeno cultural español de aquellos días. No basta decir que una generación nueva operaba. Operaban tres: la de los abuelos, la de los padres y la de los hijos. Para individualizar diríamos: la de D. Francisco Giner, la de Menéndez Pidal y la de Ortega, individuos que cifraban la Educación Moral y estética, el Sentido y la disciplina histórica o científica, la Apertura de Horizontes culturales.

Involuntariamente he omitido cuatro nombres ilustres: Cajal, Achúcarro, Bolívar, Pío del Río.

La omisión involuntaria se debe a que mi pensamiento ponía la proa decididamente hacia las figuras que tuvieron más contacto con Reyes y conmigo. Yo trabajaba en la sección de Gómez-Moreno; Reyes, en la de Menéndez Pidal, con Américo Castro, Navarro Tomás, Solalinde y otros. Al caer la tarde, salíamos de aquel centro. Yo me incorporaba al grupo de filólogos porque eran más literatos que los de mi grupo. Solíamos irnos a tomar unos tarros de cerveza a la cervecería del Aguila, ubicada en la esquina de la calle de Serrano y de Hermsillo. En esta última vivía un ilustre mexicano, poeta, historiador y diplomático: D. Francisco de Icaza, y muchas veces venía con nosotros. También nos acompañó alguna vez Urbina.

Reyes era más joven que yo, pero yo me sentía un cretrino junto a él por su desenvoltura y azares vividos. Tenía más cosas sobre las espaldas y sobre el corazón que yo. Nos contaba de un país lejano, de la muerte fatal de su padre, del sentimiento de expatriación. Sobre su juventud pesaba carga de hombre maduro; pero aquella juventud le asomaba con tal brillantez por los ojos y por la boca, que casi no daba crédito a lo demás.

Me divertía verle cargado de carpetas y folletos y sacando a cada paso una gordísima pluma fuente para apuntar direcciones, notas o recados, estuviéramos en la cervecería o en mitad de la calle. Se sentía bien con nosotros. Bromeaba o colocaba una frase aguda en las conversaciones. Ya tenía esa flexibilidad expresiva en el semblante que todos le conocemos.

Al recapitular momentos de nuestra amistad no puedo prescindir de situarlo en distintos sitios. Le veo ante la reja de la Biblioteca Nacional de Madrid, le veo en el trenecito jadeante y bailarín de Toledo, en nuestra casita de la Ciudad Imperial, conocida por *El Ventanillo*, con aquél comedor pequeñín que parecía querer deslizarse por los viejos tejados hasta bajar al Tajo o ascender a la

Virgen del Valle. Lo veo allí, sentado en la esterilla de petate, recitándonos no sé que Historia de San Baltazar. Le veo en la Revista *España*, de pié, levantando la cara sonriente hacia la cara de Baroja, enfurruñada siempre sin motivo. Le veo en su primer pisito madrileño, con su mujer, Manuela y su chaval, Alfoncito, donde conocí a Pedro Enríquez Ureña. Le veo en su gran piso de la Calle Serrano, cuando ya disfrutaba de buen puesto diplomático. Allí nos reunimos los domingos con el inolvidable Enrique Díez-Canedo y allí organizamos la publicación de unos *Cuadernos literarios* que después fenecieron en manos del editor de *La lectura*, por dispersión nuestra.

Lo veo también fuera de España, de embajador en París, creo que el año 25, cuando visité una gran Exposición Internacional. En aquella nueva casa estreché manos internacionales, como las del escritor y poeta de origen peruano Ventura García Calderón, las del Pintor argentino Figari y las del músico mexicano Tata Nacho.

Pasan ocho años, y vuelvo a verlo más lejos, en Río de Janeiro, en Copacabana. Muy feliz, muy desenvuelto, aunque ya más redondo. Cuando era más joven, la afectividad le subía a los ojos desde el pecho; después, al redondearse físicamente, le salía radialmente, o en cruz.

Vuelvo a verle en Buenos Aires, donde tantas amistades había cultivado.

El amor y la literatura le mantenían en un hervor juvenil o llama viva, que contrastaba con la serenidad sonriente de Enrique Díez-Canedo, embajador de España entonces en Montevideo.

Pasan cuatro años y el destino hace que nos reunamos ya de un modo más fijo en la capital mexicana, donde sucumbe Enrique, el más ponderado de la terna. Desde este momento, Alfonso es mi superior jerárquico por su función de Presidente en la desaparecida *Casa de España*, luego el *Colegio de México*. Tal jerarquía no desniveló nuestra amistad. Ella se mantiene sobre carriles firmes, sobre afinidades y vocaciones invariables.

Sería ceguera en mí no ver que Alfonso alcanzó una fama que yo ni vislumbro. El año pasado sonó como candidato al Premio Nóbel; su obra suena con claridad de campana en poblado silencioso; es un hombre de gran brillantez; cosa de la que carezco. Pero ninguna de estas cosas afecta a la amistad que digo. Tal vez porque desconozco lo que es envidia; pero desde luego porque mi propio trabajo no deja lugar para andar en cavilaciones mal sanas. En la amistad estamos al mismo nivel.

Al ir pensando todo esto tengo en cuenta que la amistad entre literatos suele ser quebradiza, a causa de los juicios literarios que unos tengan de los otros en privado o en público. En nuestro tiempo, incluso por las fatales posiciones políticas; pero en nuestro caso no ocurre esto. Yo podré diferir de Alfonso en preferencias literarias, en estilo o en modalidades vitales, pero coincidimos en cosas de fondo: en la vocación asistida amorosamente por la escrupulosidad, en el respeto al Verbo en cuanto supremo valor humano, en la conciencia de tener en la mano el instrumento de mayor responsabilidad y eficacia que puede soñar el hombre.

¿Para que más explicaciones? Amamos nuestro trabajo, soportamos las dificultades que la sociedad oponga a la complicada vocación nuestra porque en ella encontramos las mayores alegrías. ¿Por qué no decir que hay una moral de la belleza? Las letras cuentan con héroes. Muchos han sucumbido en su lucha por la expresión perfecta de lo que bulle oscuramente en el alma. Y todo escritor de calidad gasta su vida en la obra. Hay pues una moral de la belleza.

En estos trece últimos años ha sido enorme la labor de Alfonso. Libre ya de misiones cambiantes, reintegrado a su patria, se hizo su Biblioteca-habitación, su campo de brega donde en traje de faenero ha ido amasando la mucha semilla almacenada. Esta biblioteca es como una basílica, con capillas laterales, capilla mayor para la *sacra conversazione*, y despacho en coro alto. Preside un orden perfecto en toda ella. Sin este orden sería imposible hallar un papel

entre tantos, o un folleto entre los volúmenes. Fotografías, cartas, recortes, apuntes, mapas, dibujos, todo está en su sitio y fichado.

La gran compañera de su vida, Manuela, es la que sabe dónde está todo, es la Aposentadora Mayor de las prendas, alhajas, y muebles literarios.

Allí es donde conversamos, ya que los otros sitios que frecuenta, como el Colegio Nacional o el de México, son para las conferencias y el papeleo burocrático.

También nos hemos encontrado algunas veces en el modesto sitio de reposo que es Cuernavaca, donde acude siempre que la salud se lo manda. Lo mismo en un sitio que en otro, nuestras conversaciones giran sobre lecturas, trabajos en marcha, viejos amigos queridos y lejanos, lugares no menos lejanos y queridos. La edad tiene las alforjas llenas de frutos o frutillos que gustan morder, pelar y roer.

Nuestra amistad, en suma, es descanso. Las amistades que no son esto, no me parecen amistades. Descanso, bajo el cielo de Cuernavaca o bajo el de la biblioteca, con una mesa en medio, que si es allá tiene unos vasos refrescantes, y si es acá, tiene un objeto curioso que siempre le acompañó; un original pisapapeles; un cable de acero hecho nudo.

Así sea la amistad; tersa, pulida, irrompible, como nudo de acero.

José MORENO VILLA.

Novedades,

México, 3 septiembre de 1950.

Siluetas latinoamericanas

ALFONSO REYES

Gordito, piqueñín, vivaz, ¿quién creyera, viéndole, que nadie le iguala en agilidad mental, en amplitud informativa, en finura estética? Alfonso Reyes, candidato de los sudamericanos al Premio Nobel de Literatura en 1949, ejerce un intangible pontificado desde México, como lo ejerció desde Buenos Aires, Madrid, Río, París, ayer. Ahora padece de una posible pero seguramente voceada enfermedad cardíaca que le priva de volar en aeroplano, pero no en la fantasía. Alfonso Reyes ha cancelado sus periplos de turismo material; no los de la cultura.

* * *

Le conocí personalmente en Buenos Aires hace ya unos buenos —o malos— catorce años. Cambiábamos correspondencia desde época atrás. ¿Quién que escribiera entonces en América podía prescindir del saludable contacto con A. R.? Yo no, al menos. Alfonso Reyes me acogió como viejo camarada. Sesionaba el PEN Club. Nos enfrascamos en un debate sobre la "inteligencia" continental. No creo que avanzáramos mucho. Tiempo antes había yo notado que Alfonso se encalabraba exultivamente con la belleza femenina. Pedro Henríquez Ureña, con su sonrisa socrática, comentaba irónico y cordial: "Alfonso no dejará nunca de ser un Don Juan". Creo que Pedro exageraba. Una de sus pocas hipérbolos ¡él, tan sagaz y cauto!

Una vez, Alfonso me envió un largo romance suyo sobre ciertas consecuencias nefandas del liviano amor. Todavía sonrío recordando sus expresiones. Quién creyera que tan fino y hondo espíritu se diera ocasión para tal juego de metáforas... ¿No suele ser el amor una metáfora también?

Una noche, en casa de los Rinaldini, en Buenos Aires, allá por 1938. Discutíamos Alfonso, Julio Rinaldini y su esposa, Pedro Henríquez Ureña, Jorge Luis Borges, y unos escritores jóvenes, entonces, entre ellos, el pulcro Enrique Anderson Imbert.

Me queda de ello la imperecedera sensación de las manos de Borges, y el recuerdo de las cabriolas teóricas de Alfonso. ¿Habrá alguien más dúctil y erudito que él?

Alfonso ejercía una embajada difícil. La cumplió a su modo, esto es, a perfección. Un día, a fines de 1936, el senador Sánchez Sorondo iba a lanzar un discurso contra la España republicana. Reyes convenció a Enrique Díez-Canedo de concurrir juntos a la galería diplomática del Senado argentino. Sánchez Sorondo postergó su perorata. Alfredo Palacios pudo pronunciar un fervido discurso. Reyes se frotaba las manos: "Enrique —le dijo a Díez-Canedo, embajador de la República española—, por hoy se ha capeado el temporal". Sería por corto tiempo.

* * *

A los años le hallé en México, Avenida Industria, 122. Una casa singular. Se penetra a una inmensa biblioteca de dos pisos. Al fondo, en una especie de proscenio de orquesta, Alfonso, su escritorio, sus archivadores, sus gavetas, su estilo. Del proscenio, al dormitorio. La casa es una enorme librería.

¿Cómo se hizo aquel prodigio?

—Pues, muy sencillo, Sánchez. Yo nunca dejé de mandar a México los libros que compraba o me obsequiaban. Sabía que alguna vez éste sería mi destino. Ya estamos juntos. Yo viajaba con mis ficheros. Nada más.

Hoy, no menos de 25,000 volúmenes rodean a Alfonso y sus afanes.

* * *

Le invité a Lima. "No podré ir, Luis Alberto: mi corazón me

suele hacer traiciones, y no me permite volar". Acepté la excusa. Pero, un año más tarde, le encontré en París. "Luis Alberto, vine en barco", se apresuró a decirme, con esa escalofriante memoria que le caracteriza. Era la segunda reunión de la Unesco. Reyes presidía la delegación de México; yo, la del Perú. Teníamos lindas "taquimecas". Alfonso descuidaba los debates, los ojos en pos de las excelencias físicas de las chiquillas.

Me tocó presidir una subcomisión, a la que Alfonso prestaba su imponderable concurso. Para concluir a tiempo, tuve que citar a sesiones nocturnas; en París y en pleno invierno. Una mañana, Reyes faltó a la sesión. Llegó a la del día siguiente: "Este corazón mío suele hacer travesuras", dijo llevándose la mano al pecho. Averigüé: no era el corazón; la noche había sido propicia, y fatigóse. También los recuerdos de la juventud.

* * *

¿Habrá alguien, en América, con más conocimientos que Alfonso Reyes? No me refiero a su disculpa de la noche parisiense, sino a su obra continua. Aunque se ha mecanizado demasiado en sus respuestas, lee casi todo lo que le llega.

Y sabe, por propia experiencia, lo que es el duro oficio de escribir. Me parece que en una página de *Calendario* ha dicho que vivir de lo que se escribe es como "levantar una silla con los dientes". Pues él las sabe levantar, y no es poco elogio.

Reyes luce la más impresionante bibliografía de todos los escritores de América. El desmiente, sin quererlo, la fácil teoría de que para escribir bien hay que escribir muy poco. Pues Alfonso escribe mucho y siempre bien... Y hasta óptimamente. El asunto es consagrarse, y no ser amateur.

Reyes, de tan profesional que se ha vuelto, ha urdido hasta la trama de una ciencia literaria, cuyo primer planteo aparece en el volumen titulado: *El Deslinde*, y cuya introducción general está en el de *La experiencia literaria*, Mas, ¿no es cierto, ¡oh, sus lecto-

res! que *Ifigenia cruel* y *Visión de Anáhuac* ratifican por siempre las calidades excelsas de un escritor *de race*?

* * *

—Yo no conozco Perú, Sánchez, pero, sí, Chile, que es su segunda patria. ¿No sabe usted que los chilenos y, sobre todo, las chilenas, tienen altar permanente en mis recuerdos?

—Claro que lo sabía, Alfonso. Conociéndolo a usted, sobre todo, ¿cómo dudar de ello?

La noche que se entregó al público el libro de memorias de Enrique González Martínez, *El hombre del buho*, tuvimos una comida en casa del editor, Jesús Silva Herzog. Alfonso se olvidó de sus males. "Debemos hacer la exégesis del modernismo —dijo—. Nadie ha entendido a conciencia la diferencia entre cisne y buho, ni cómo dialogan entrambos. Vamos a intentar la proeza". Don Enrique sonrió complacido. Alfonso es de los hombres que aman a todas las generaciones, porque la suya es intemporal: el humanismo.

* * *

Quizás el Padre Escudero me rectifique y amplíe. La bibliografía de Alfonso acusa una variedad sustancial. Lo mismo usa el verso que la prosa, pero en aquél predomina la sabiduría, y en ésta, la sensibilidad. Curioso caso de poeta, que se regodea con sus prosas; de prosador que solfea con el verso. Nadie ha escudriñado mejor a Goethe ni a Valéry, que Alfonso, pero tampoco nadie entendió mejor el mensaje de Juan Ruiz de Alarcón y Sor Juana, al par que el de Efrén Hernández y José Revueltas. Con Alfonso, cúmplese el viejo decir de Darío: "Y muy siglo XVIII y muy antiguo— y muy moderno, audaz, cosmopolita..."

* * *

Alfonso Reyes pertenece ahora al Colegio de México, alto cuerpo que él animó. El servicio diplomático le dejó excedente sin cau-

sa plausible. Vive entre sus amigos y sus libros. Un día de éstos los noruegos dejarán de ser suecos, y le otorgarán el Premio Nobel. ¿Le hará mella? Creo que no. Cuando se ha divagado largamente por el jardín de Academos, se ha libado mieles del Himeto, champañas de París, vinos de Chile y saboreados bifes porteños, la gloria debe meditar dos veces antes de otorgar algún don tangible a tan complejo mortal. Minerva y Venus, Quevedo y Cuatimozín conserven en sus dominios a quien aprendió y enseñó a hermanarlos.

Luis ALBERTO SÁNCHEZ.

Nuevo Zig-Zag, Santiago de Chile.

Diciembre 16 de 1950.

IN PRICE OF THE OTHER AMERICA

The Position of America and other essays. By Alfonso Reyes.—Translated by Harriet de Onis. 172 pp. New York: Alfred A. Knopf. \$5.

South of the United States and in Madrid or Paris, the Mexican, Alfonso Reyes, has long been considered one of Spanish America's most versatile writers. An exquisite poet, a brilliant essayist, a thorough scholar in the best humanistic tradition, Reyes — whose literary performance is considerable, for he began writing at 20—has often been mentioned for the Nobel Prize in Literature. The present book, "The Position of America," introduces him to English-speaking readers.

The peoples below the Rio Grande, and especially their intellectuals, have always resented the exclusiveness with which their Northern neighbors usurp the word "America." Reyes calmly retaliates—his "America" is chiefly the Hispanic one, and these essays aim at praising its traditions and defining its vocation.

The opening piece, "Vision of Anáhuac (1519)", is a reflective description of the Mexican plateau and its Aztec society at the time of the Conquistadores. In it Reyes' erudite references rise to poetic interpretation, subtly modulated with casual humor. His eulogy of Indian culture is written with morose delight in detail and epithet. No believer in the deliberate perpetuation of native tradition, Reyes thinks it should, however, be affectionately contemplated for the sake of the "historical emotion" it provides.

It is a favorite idea of his that America is truly the stage for "a fairer, happier humanity." In the light of this idea, Reyes attempts in another essay "to define, provisionally, the particular tonality of America." This he finds in the peculiarly synthetic mind Spanish Americans have developed. Such a comprehensive mental attitude—a fusion, as it seem, of the active and the esthetic spirit, enhanced

by a liberal and international outlook—has prepared "the American mind" to advance harmony in a world beset by particularism and strife.

The same idea is more elaborately presented in the paper that gives the book its title. American contribution to culture will be that of a synthesis; not, to be sure, in the sense of a mere compendium of European knowledge, but as a preservation of values in which moral, theoretical and practical wisdom can blend.

In a final essay, "Virgil in México"—written on the occasion of the poet's two thousandth anniversary—the Mexican humanist exhorts his people to keep themselves fit for their integrating destiny by protecting and enhancing in themselves the spirit of "Latinism."

The other papers are largely historical and literary. Reyes can always examine an old text with a new insight, giving us the impression that we are for the first time aware of its most subtle implications.

His book should appeal both to cultural curiosity and to those who wish to know about Hispanic America more than is usually told in academic treatises, touristic surveys and Guntherlike reports.

Jorge MANACH.

The New York Times, Book Review,

Octubre 22 de 1950